

su gloria, su desgracia, sueños son.
Despertar o morir es el destino.

Es un libro inagotable, que enseña siempre, que sigo releendo continuamente, como releo el último, *El fantasma de Tübingen*, siempre a mano, para guiarme, para consolarme, para seguirlo intentando, para seguir viviendo.

De nuevo el investigador paciente, su sabiduría, su honradez. La voz de Hölderlin y la suya, con el paisaje de fondo de la ciudad de Tübingen, unidas en un *rompecabezas luminoso y atormentado*, para contarnos los secretos de la vocación poética, la búsqueda incansable de la libertad, la verdad y la belleza, con todas sus dudas, con todo su dolor. Una vocación que también yo sé ahora *que si se desobedece nos arruina y si se sigue nos pierde*, que no deja escapatoria.

En este caso es igualmente imposible valorar el libro en pocas líneas, son muchos temas y demasiado profundos. El propio autor lo advierte en el pequeño prólogo inicial: es un libro en el que palpita *lo fundamental de la Poesía y lo más esencial del poeta que es la asunción absoluta de su destino*. Es el testamento magnífico de alguien a quien muchos conocimos en su vida cotidiana, pero a quien era imposible conocer del todo. En él están la vida y la muerte, también su vida y su muerte.

Desde 1988 era catedrático en la Facultad de Derecho de Jerez, y ese mar cercano, el mar de Cádiz que tanto amaba, ya había sido anunciado, muchos años antes y como premonición, como el lugar de su última cita:

Cada vez que el otoño desteñido
con su silencio rumoroso vuelve,
vuelve también la playa solitaria,
su invicta claridad, su olor, su música
resonando en el fondo de tu vida.

... Allí el rescate
de tu niñez; tal vez la última cita.

Quienes le conocimos, hemos conocido una parcela de su vida, de su forma de ser, de su sentido del humor, de su bondad. Pero en tantos poemas escritos secretamente, pacientemente a lo largo de los años, Alberto García Ulecia ha conseguido eternizar sus cicatrices y sus alegrías, su manera de entender el mundo. Y además se ha acordado de nosotros, de quienes le quisimos, y por eso escribió también palabras que nos consuelen hoy de su ausencia:

La muerte siempre salva lo que mata, lo torna invulnerable ante la vida. Salvación es recuerdo... Todo aquello que amamos coincidentes, todo se acabará. No te dé pena. Evita pena inútil, labor vana.

RAQUEL RICO LINAGE

JEAN SERMET (*IN MEMORIAN*)

A principios de febrero de 2003, fallecía en su domicilio de Toulouse el profesor Jean Sermet, Catedrático de Geografía de la Universidad de Toulouse II. Pese a haber sobrepasado los noventa años, tuvo casi hasta el final una asombrosa actividad. Baste recordar

que la última reunión de la Comisión de Límites Francia-España en la que participó, celebrada en la Embajada de Francia en septiembre del 2000, tuvo que celebrarse en la planta baja del citado edificio, ya que era incapaz de subir las escaleras que conducían a la sala de reuniones.

Desde los años 50 del pasado siglo, publicó importantes estudios sobre la frontera pirenaica, dedicando especial atención a las de Navarra (1975 y 1977) y el País Vasco (1956). Además, fue autor de estudios de conjunto sobre la frontera, publicados en 1969, 1976, 1981 y 1983.

Pero yo guardo de él un recuerdo vivido y grato cuando me fue obligado conocerlo a raíz de comenzar mis trabajos sobre el conflicto pirenaico de los Alduides. Las horas que pasamos juntos conversando sobre este tema fueron a la vez un curso de Geografía y otro de Historia vividos en primera persona. Los estudios con que se dignó prolongar mis dos libros sobre el tema, en 1992 y 1997, demuestran hasta qué punto era capaz de aprovechar los conocimientos históricos-jurídicos ajenos para hacer luz sobre los múltiples problemas de los Alduides, que él abordó desde 1949 como miembro de la Comisión de Límites.

Conocía cada sendero y cada mojón de la frontera, que había pisado o examinado desde el aire. Y no se contentaba con la mera configuración fisiográfica, sino que la conectaba con el sistema económico de cada lado de la línea, como explicativo de las relaciones de vecindad, no siempre pacíficas. Consideraba el conflicto de los Alduides como el más largo, cruento e intenso que se dio en toda la historia de los Pirineos, y llegó a decir que aunque mis aportaciones hubieran sido más útiles de haberse conocido cincuenta años antes, venían a corroborar lo que su sentido común y su conocimiento del medio le hicieron intuir con acierto.

El profesor Sermet defendió siempre los intereses de Francia, pero nunca ocultó datos, ni pretendió basar las relaciones transfronterizas en otra cosa que no fuese la justicia y la reciprocidad de las prestaciones entre vecinos (pastos a cambio de dinero). Sintonizaba con las ideas de Plandé, otro geógrafo de la primera mitad del siglo XX, que fue el primero en formular los conceptos de frontera natural (aquella de la que el hombre se desentiende por ser inaccesible o indiferente para sus intereses) y la jurídica (la establecida en base a principios políticos o a intereses económicos).

Ya jubilado, siguió participando en la Comisión de Límites; además era asesor del Prefecto del Alto Garona y Secretario Perpetuo de la Academia de Sciences, Inscriptions et Belles Lettres de Toulouse, cargo al que debió renunciar poco antes de su muerte, dado su precario estado de salud.

Era Oficial de la Legión de Honor. Pero quizá aún más importantes fueron las condecoraciones con que España premió sus esfuerzos en pro de la tranquilidad de la frontera: Gran Cruz del Mérito Militar con Distintivo Blanco, impuesta en la última sesión de la Comisión de Límites, de la que ya se ha hecho mención; Caballero de la Orden de Carlos III, y Comendador de las de Alfonso X el Sabio, Mérito Civil e Isabel la Católica.

Sus cincuenta años de trabajo en este campo marcan un antes y un después en la historia pirenaica. Sermet dedicó a ellas lo mejor de su vida. Por todos fue reconocido y querido como un sabio, porque lo era. Descanse en paz.